

El Milagro de las siete puertas

© 2006 Rafael Jiménez Sanz

Comenzaba a rayar el día y la aldea despertaba en una mañana plácida y en calma. La brisa matinal transportaba el aroma de las plantas silvestres que, cubiertas de rocío, desparramaban sus esencias por el horizonte. Entre



las breñas extremas del Moncayo el sol se adivinaba cubriendo con su cabellera de oro los montes y veredas. Un fantástico espectáculo de luz y color inundaba las colinas y los tejados de las casas. La tierra se desperezaba impregnando de un halo vaporoso el decorado humilde que conformaban los edificios más señeros de la población.

Junto al camino de Peroniel, destacada en un pequeño altozano, se erguía vigilante y recatada la ermita de San Sebastián.

Abajo, junto a los olmos de la fuente, sobresalía la iglesia de la Purísima Concepción con su torre alzada cara al poniente sustentando las campanas.

Aquel día, las buenas gentes del lugar habían madrugado más que de costumbre. Se presentía algo extraño. El remanso de paz y quietud que conformaba los afanes diarios de los aldeanos parecía revuelto.

Rumores de afrentas y venganzas removían los espíritus. Allá por tierras de Burgos, entre dos de las familias de la más alta alcurnia de Castilla, distinguidas por sus éxitos en la lucha contra el moro y por su lealtad al rey, había estallado la discordia. Se murmuraban cosas terribles.

Cabe el brocal de la fuente, donde las mozas y los mozos solían prestarse al juego de la insinuación amorosa, abandonadas las charlas habituales y, presos de una excitación inusual, se hacían eco de noticias que llegaban de

todas partes y se extendían con la velocidad del venablo por el contorno. Sentían la necesidad imperiosa de confirmar los rumores.

Los donceles exhibían ante la concurrencia femenina sus dotes comunicativas y ofrecían datos que aseguraban haber recibido de personas que conocían el caso de primera mano. Alonso, joven gallardo que destacaba del resto por su apostura, dotado de una lucidez mental fuera de lo común y agraciado por la naturaleza con un atractivo especial, era el centro de atención.

-Dinos, Alonso, ¿qué sabes? -preguntaban a coro las jóvenes, fija la mirada, en sus labios.

Antes de que respondiera, una voz armoniosa y cristalina, quebró por un instante la tensión del momento. Sobre el alféizar de su ventana una doncella de tez sonrosada y ojos azules, vertía sus quejas al viento con los suspiros de una canción. Había oído cosas muy bellas de los Infantes de Lara. Muy aguerridos decían unos. No los hay más valientes en todo el reino de Castilla, comentaban otros. ¡Y qué diestros blandiendo sobre el caballo el acero de la espada! ¡Con las damas qué apostura, qué donaire y qué amable cortesía en sus gestos y semblantes!

Con una dulzura infinita las notas más que de su garganta brotaban del corazón:

¡Ay, que los Infantes vienen!
¡Ay, que pronto llegarán!
Vienen a ver a la Virgen,
a sus pies se postrarán.
La morisma les acecha
por los campos de Almenar.

Ved, cual corren sus corceles
por la sierra del Almuerzo.
Mirad las crines al viento
con sus destellos de plata.
Sobre la nubes de polvo
que su carrera levanta
van volando los jinetes
a la iglesia de Omeñaca.

¡Ay, que los Infantes vienen!
¡Ay, que pronto llegarán!
Vienen a ver a la Virgen,
en nadie confían más.
La morisma les espera
por los campos de Almenar.

Transpuesta tras la canción quedó la niña soñando. Su corazón latía con fuerza. Sin pensar, se había enamorado de una ilusión. Mas no era ilusión vana. -¿Y vendrán tan apuestos caballeros? ¿Serán como dicen, madre, tan corteses y galantes? -insistía la joven una y otra vez.

Con los ojos puestos en el camino, mirando en lontananza, quedó sumida en sus sueños...

Mientras tanto, y arrullados por el murmullo de las aguas de la fuente, Alonso, parecía recomponer en su cabeza, los pormenores de los hechos y el ceño de su frente presagiaba un relato prolijo en detalles y cargado de emociones. Un silencio expectante mantenía la boca cerrada y la mirada tensa, escudriñando el más mínimo gesto que rompiera aquellos momentos de incertidumbre y zozobra.

Por fin, el joven comenzó a deslizar por sus labios, con calmada fluidez, las palabras. Cada frase era seguida por la concurrencia con un gesto de sorpresa y estupor.

-Ya sabéis -comenzó Alonso- que se trata de una boda entre las dos familias más influyentes del reino. No quiero relataros el lujo, el derroche y la ostentación que lucían los invitados. Hay quien dice que eran de oro los cubiertos del banquete y que acabado el convite eran lanzados por las ventanas de palacio. ¡Tal era la abundancia y la riqueza de los Lara y los Bureba! ¡Allá vierais obispos, abades y jerarquías dando los parabienes a los desposados! Las mitras y la púrpura competían en boato con los brocados de las capas de los nobles y las joyas y tocados de las damas.

- ¿Sabes cómo iba vestida la novia?- interrumpió la menor de las jóvenes escuchando sin pestañear a Alonso que continuó: -Nunca fueron vistos ropajes, joyas, diademas y aderezos más ricos que los que engalanaban a la prometida. Se mostraban allí vaporosos tules de colores recogidos con ceñidores de oro y plata. Una corona de rubíes y diamantes sobre su cabello dorado deslumbraba con cegadores destellos. Pulseras engastadas de esmeraldas y otras piedras preciosas circundaban sus brazos. Realzaba su porte un collar de irisadas perlas. Las damas de honor sostenían la cola de su vestido en interminable hilera. Era la más hermosa y admirada de las mujeres. Jamás una doncella pudo soñar con el brillo y esplendor que aquel día envolvía a la novia.

Un suspiro de envidia salió de la concurrencia femenina tras la explicación detallada de Alonso que siguió mostrando los datos que guardaba en su memoria.

-Desde todos los confines de Castilla y de León venían los personajes más señalados de la nobleza. Grandes hombres y barones se sentían honrados con la invitación. Todo Burgos respiraba aire de fiesta. En Salas no cabía ni

un alma. Se multiplicaban los convites, las danzas, las justas y los juegos. Era el momento propicio para demostrar la destreza de los donceles en las artes del amor y de la guerra. Los jóvenes rendían pleitesía a las damas ofreciéndoles el éxito de su suerte. Todo eran risas, jolgorio y alegría, pero...

Llegado a este momento de la narración, la cara de Alonso adquirió un matiz de profundo pesar. Cual si acabara de recibir la noticia de una gran desgracia, bajó la vista a la tierra, sostuvo su frente con la mano derecha y quedó como marcado por un hado avieso y terrible.

-¿Qué pasa, Alonso?-Inquirió su auditorio preso de extrañeza y contrariedad. -No, nada. No encuentro palabras para poder continuar -dijo consternado.

Sobreponiéndose al momentáneo abatimiento, continuó el joven su relato. -La soberbia de los hombres no tiene límite. Las alegrías y las tristezas siempre vienen juntas como la vida y la muerte. Hasta en los buenos campos crece la mala hierba. Sobre la fiesta se abatía el ángel exterminador. Un infanzón de Bureba, espoleado por la envidia, insultó gravemente a los de Lara. Con él hizo causa común la madre de la novia. Y ante la sinrazón, los de Lara se defendieron con buenas palabras que sus adversarios percibieron como una agresión a su orgullo y honor. La cizaña ya estaba sembrada y los de Bureba juraron venganza a muerte a los de Lara. Traicionando los más hondos principios cristianos, se alían con el moro y tienden una emboscada. No se acobardan los valerosos Infantes de Lara y aceptan el desafío. ¿Qué otra cosa podía esperarse de los siempre leales y nobles Infantes de Lara? Hoy han salido prestos desde Salas a Almenar. Allí los moros les esperan guiados por un traidor. Los relinchos de los caballos anunciarán su presencia. Dicen que están al llegar pues como bravos jinetes no se arredran ante la lucha si la causa es justa. Y ésta lo es. Llevan como guía una fe ciega en la Virgen. Siempre confiaron en ella. Os ruego, que también vosotros, como buenos cristianos, pidáis su favor.

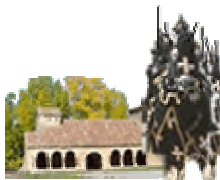
El relato corrió de casa en casa y de boca en boca. -¿Cómo es posible que un castellano de pro se alíe contra el infiel que quema nuestras cosechas, roba nuestros enseres, mata a quienes defienden a sus mujeres e hijos y hacen mofa de nuestra santa religión? -decían todos.

Y era así. El odio y la envidia había anidado entre parientes y los moros en emboscada esperaban a su presa como aves de rapiña.

Todas las miradas se dirigían a la sierra del Almuerzo. Todos querían ser los primeros en divisar o en oír el galopar de los caballos. Cualquier punto de la sierra parecía estar en movimiento. No era ni curiosidad ni pena lo que se sentía. Confiaban en la victoria de los Infantes. Bueno... algunos no. Flotaba en el aire un raro presentimiento. Parecía que nadie se atrevía no ya a

hablar sino a respirar. De un momento a otro aparecerían sobre sus corceles aquellos héroes traicionados.

Sólo se percibía el triste lamento de la doncella que desde su ventana rompía, nuevamente, con su canto, el tenue hilo del silencio tejido como un sudario sobre la población.



Mirad ¡ay! que ya se acercan.
Que ya siento el galopar,
por el alto de Cencejo
bajan los Infantes ya.

¡Ay de mí! ¿qué haría yo
si mi vida ya no es nada
y con sólo su presencia
rebosa mi corazón?

De pronto, como si todo hubiera sido un mal sueño, un aire de fiesta, invadió todos los rincones de la aldea. Volteaban las campanas, y su eco entre las sierras de la Pica y del Almuerzo llenaban de calidez y de dulces resonancias el contorno. Se mecían las espigas, levemente, acompañando, quizá, el sonido melifluo del bronce del campanario. El humo de los hogares en interminable espiral, intentaba confundirse con las nubes transportando los sonos y sus ecos al cielo. Entre el torbellino de polvo que levantaban los cascos de los caballos se veían, por fin, los siete Infantes de Lara tan apuestos, aguerridos y valientes como la dama más enamorada hubiera podido imaginárselos. Atraídos por una fuerza misteriosa se dirigieron a la iglesia convocados por la voz de las campanas que llamaba a los fieles a misa. Todos esperaban en la puerta de la iglesia. Querían unir su súplica a la de los Infantes. Pedirían por el éxito en la batalla. Con respetuoso silencio habían formado dos filas a ambos lados de la puerta de la Iglesia. Las mujeres y los niños delante. Los hombres detrás. Dejarían pasar primero a los ilustres visitantes que, veloces como el viento, acudieron a la Iglesia. Y allí ocurrió la maravilla. ¡¡Milagro!! -dijeron todos. Ante ellos la puerta de la iglesia se había multiplicado por siete. Una para cada uno de los Infantes. Con lágrimas en los ojos todos entraron al templo tras ellos que, arrodillados ante el altar, acompañaron al sacerdote en la oración a la Virgen:

Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei genitrix; ne despicias nostras deprecationes sed a periculis nostris libera nos semper. Amen.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desoigas nuestros ruegos y líbranos siempre de los peligros. Amén.

Al unísono, los asistentes repitieron las últimas palabras de la oración: *No desoigas nuestros ruegos y libranos siempre de los peligros. Amén.* Acabada la plegaria y recibida la bendición, se levantaron los Infantes y, tan rápidos como habían entrado, marcharon raudos, cada uno por su puerta, hacia el campo de batalla. Tras ellos, ensimismados por el suceso, salieron los demás fieles. Sin dar crédito a lo que veían, no sabían si seguir con la vista a los jinetes o entrar una y otra vez por las puertas que milagrosamente se habían abierto.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Aquellos caballeros que de forma tan maravillosa habían venido a orar ante la Virgen, seguían vivos en la memoria y en el corazón de todos. El pueblo, tras el prodigio, había cambiado por completo. Para la vecindad todo era diferente. El milagro había cambiado sus vidas de tal manera que ya nada parecía como antes. El aire que respiraban estaba saturado de aromas que jamás habían advertido. Las cosas mostraban matices de formas y colores como si fueran producto de un sueño. Olvidaron las rencillas que entre ellos pudiera haber y, sin pretenderlo, su existencia discurría pacífica y feliz como en la más dichosa de las repúblicas cristianas. Tras los alcores que dibujaban los límites del horizonte, no existían otros seres que aquellos héroes extraordinarios que con su fugaz visita envolvieron a la población en una aureola mágica, maravillosa e inexplicable. Se esperaba que, en un momento u otro, por entre los matorrales del camino de Peroniel, envueltos en una vorágine de polvo, furor y exaltación, aparecerían victoriosos los Infantes. A veces, por la noche, algunos creían divisar misteriosos resplandores tras la sierra de la Pica. Aunque nadie lo decía en voz alta, en los destellos muchos creían ver el fragor de la batalla, las herraduras de los caballos, el golpear de las lanzas y la tierra quemada por los moros. Otros, por el contrario, interpretaban la luz como signo de victoria.

La demora del retorno alimentaba la desazón. La paz de los corazones comenzaba a teñirse de una vaga sombra de inquietud. Mudas las gentes dirigían su mirada a las siete puertas y de sus corazones brotaba, en silencio, una súplica entre confiada y angustiosa a la Virgen. ¿Cuál era la causa de la tardanza? ¿Cuál la ausencia de noticias? ¿A quién dirigirse para calmar la ansiedad? Esta última pregunta tuvo una clara respuesta. La Virgen que hizo el milagro de las siete puertas sería su confidente. De ella obtendrían la verdad. Las campanas que en días de tormenta alejaban los negros nubarrones, ahora, les convocarían para despejar de sus mentes tan oscuros presagios. También aquel día los cielos amenazaban tempestad. Pero ni la lluvia ni los relámpagos eran capaces de detener su fe. Atravesaron los siete arcos como ungidos por un poder sobrenatural y postrados ante el altar repitieron la oración que habían oído a los Infantes:

"Sub tuum praesidium confugimus Sancta Dei genitrix ... sed a periculis nostris liberanos semper. Amen"

Volvieron a repetir, como los Infantes, las palabras: *No desoigas nuestros ruegos y libranos siempre de los peligros. Amén.*

La última sílaba del Amén fue seguida de un violento relámpago que iluminó por unos instantes el santo recinto. Tras él, el seco estampido de un trueno detuvo repentinamente el paso de quienes ya habían iniciado la salida. En el umbral de la entrada, una luz vivísima anunciaba un nuevo prodigio. Sobre el frontispicio exterior de la puerta principal, iluminando las arquivoltas que lo sustentaban, grabadas sobre la piedra, aparecían siete cabezas o cuerpos en los que todos quisieron ver a los Infantes. El moro, aliado del traidor cristiano, segando las cabezas de los héroes, les había abierto las puertas del camino de la gloria.

El milagro, en efecto, era evidente. Han pasado los siglos y, aún, hoy día, las siete puertas románicas se mantienen en pie, las cabezas custodian la entrada y, se dice, que los Infantes presentan a la Virgen las peticiones de los que con fe atraviesan sus dinteles.

.....

Cuando sobre mis pasos vuelvo a los orígenes, amigo lector, al pasar bajo los arcos románicos de la iglesia de Omeñaca, me sobrecoge la emoción, la magia y la fe de aquellos sucesos que quedaron grabados para siempre en el espíritu sagrado de la piedra.